

LAS PRINCESAS ENCANTADAS

Y DESLEALTAD DE HERMANOS.

PRIMERA PARTE.

Cuando el católico rey,
que globos de estrellas pisa,
San Fernando, rey de España,
lanzó la secta morisca
de todo el reino y dominios
con su invencible cuchilla,
muchos nobles caballeros
descendientes todavía
de los primeros cristianos
que hubo cuando la conquista,
con ellos fué un poderoso,
el cual por su bizarría
fué luego electo por rey,
en las fértiles provincias
de la parte de Oriente,
que se nombraba la Siria;
su nombre era Clotaldo,
era casado y tenía
de su feliz matrimonio
la belleza de tres hijas,
que en las humanas deidades
se llevaban las primicias.

Viéndolas el rey su padre,
que pocas las merecían,
ordenó hacer un castillo,
de vistosa simetría,
y de altura formidable,
que aun la mas aguda vista
sus pirámides y almenas
penetrarías no podía:
allí dispuso encerrarlas
con singular inventiva,
pues buscó un mágico sabio
que con hechizos hacia
nigrománticos enredos;
á este el rey le notifica
haga un fuerte encantamiento,
y que no puedan ser vistas
ni vencidas de ninguno,
hasta que el rey lo permita,
dejándolas emplazadas
como en clausura continua;
y fué poner tres caballos,
ó satánicas arpias,



R. 57. 712

para cada uno el suyo,
donde el encanto se cifra.
Después espidió un decreto,
en toda su monarquía,
que cualquiera caballero,
ó noble de sangre limpia
que pueda entrar en la torre,
si aquel encanto conquista,
en sus hijas tendrá el premio,
quien lograre aquesta dicha
serán casados con ellas
sin haber quien se lo impida.
Muy bien conocia el rey
la dificultad que habia,
y con esta confianza
por premio las ofrecia.
Corrió en todos sus Estados
velozmente esta noticia;
á este tiempo tres hermanos
de gallarda hizarria,
caballeros, y aunque pobres,
de ilustre genealogía,
nacidos en Dinamarca,
oyendo aquesta noticia;
dixieron valerosos
el partirse á grande prisa,
por ver si su feliz suerte
quiere que tal bien consigan.
Ya los tres reconocidos
dejan su patria y caminan
hasta llegar á la corte,
y con atencion debida
dijeron al rey su intento,
y al punto mandó que pidan
todo lo menesteroso
de quanto se necesita.
Pidió el mayor y el segundo
caballos y armas lucidas,
y el menor dijo que un carro
tan solamente pedia
con dos bueyes, y que en él
poner para muchos dias
gran prevencion de sustento
de comidas y bebidas:
muchos clavos y una cuerda
de largura sin medida.
Hechas estas diligencias
que ya llevo referidas,
salen los dos á caballo,
y dentro de pocos dias
le dieron vista al castillo,
y á su eminencia se arriman;

mas luego consideraron
sus diligencias perdidas,
pues viendo la elevacion
fallocen y desaniman.
Algunos dias gastaron
dando ideas discursivas,
como poder conquistar
torre tan fortalecida,
mas viendo no ser posible,
ya cansados determinan
volverse para su patria
sin premio á tanta fatiga:
tomaron la misma senda
que anteriormente traian,
y en medio de ella encontraron
al hermano que venia
muy poco á poco en su carro
con prevencion de comida,
y al verlo le propusieron
los imposibles que habia
para conquistar el fuerte,
que se vuelva y no prosiga;
no bastaron persuasiones,
plegarias ni rogativas.
Después que hubieron comida
volvieron en compañía,
llegaron segunda vez
á la encantada alquería;
hicieron alto y descargan
los víveres que traian;
fué el mancebo examinando
la torre, que no tenia
puerta, puente ni rastrillo,
ventanas ni celosias,
y bien registrada toda
cinó á su cintura misma
una venda y en la cual
los fuertes clavos afirma;
cogió un clavo y una cuerda,
y un buen martillo en la cinta.
Con artificiosa maña
y astucia tan bien lucida
llegó al extremo postrero,
y apenas su cumbre pisa
le salieron al encuentro
tres hermosísimas ninfas
mostrando ser sus bellezas
aun mas que humanas divinas,
diciéndole: ¿quién sois, jóven,
que con tan libre osadía
has profanado el decoro
de este alcázar donde habitan

tres princesas? pues tu muerte pagará tal demasia.

El respondió: pues señoras, como ese favor consiga de morir á vuestros ojos causará mi muerte envidia, y así, tendreis por sabido, que como ustedes permitan que las libre de este encierro aunque para la salida todo el mundo se me oponga, no es posible que me rindan. Unánimes respondieron: pues como el valor te asista todas tres te obedecemos muy grandemente propicias, y te será bien premiado; mas para eso precisa que á tres hermosos caballos que en este castillo habitan á cada uno una cerda le quitarás, que en las mismas está nuestro encantamiento, y todos en mucha estima, porque en cualquier fracaso que te halles no te afijas si el elemento del fuego á cada uno le aplicas. Esto dijeron, y luego dispuso bajar las damas, que de placer y alegría mil parabienes le daban con ternezas y caricias, y al impulso de la cuerda á la hermana mayor liga, y con valor increíble en tierra la deposita; lo mismo fué la segunda, quedó solo la mas chica;

le dijo: jóven gallardo, toma aquesta gargantilla, que en valor, poder y hechura otra alguna no la imita, y aunque en diversos trabajos te atormenten y persigan jamás te enagenes de ella, que podrá ser que algun día te importe, y con esto el Cielo te libre como nos libras; con esto descendió al suelo con la misma armonía. Y habiéndolas ya librado de esclavitud tan indigna le arrebataron la cuerda. ¡Quien vió mayor bastardía entre hermanos! pues se halló con la esperanza perdida de bajar, pues ni los clavos hincados en ella habia; entonces los dos hermanos con infernal avaricia conociendo que su hermano todo el premio merecia, envidiosos dispusieron ponerse luego en huida: montándolas en sus brutos, volaban y no corrian, hasta llegar á la corte, donde el rey se maravilla en ver á sus hijas libres que aun viéndolas no lo creia; ellas guardaron secreto, solo dijeron que habian por los dos sido libradas, y viendo el rey que eran nobles al provisto determina desposar las dos mayores con fiestas muy divertidas.

SEGUNDA PARTE.

Afligido y pesaroso, melancólico y suspenso, lleno de horrores y espanto quedó en la torre el mancebo, sin hallar norte ni senda para salir del encierro; pero entre tantas fatigas se acordó que le dijeron que en los caballos tendria de sus penas el remedio.

Se fué al sitio donde estaban, que sabia por muy cierto el que le pertenecia á su enamorado dueño que le dió la gargantilla, en el cual montó ligero, dió un brinco tan formidable el bruto con tal estruendo que pareció que á la torre se arraucaban los cimientos,

Y aun creyó de que el abismo
 se los tragaba en su seno,
 y al volver en sí se halló
 en un áspero desierto,
 todo poblado de troncos
 tan montuoso y espeso,
 que jamás le penetraron
 del sol los claros reflejos.
 Caminó á larga distancia,
 cuando encontró á un ganadero,
 al cual dijo que de cierto
 le dijese qué parajes
 ó países son aquellos.
 Respondió muy agradable:
 esta tierra es de succos
 y segun dice ese traje
 vos no sois de aqueste reino.
 No, amigo, le replicó;
 soy un pobre forastero,
 que buscando mi fortuna
 me ha traído á tal extremo;
 y por quien sois os suplico
 que nuestras ropas cambiemos;
 bien conocéis la mejora
 que se os sigue en hacerlo.
 Cambiaron y quedó en breve
 nuestro noble caballero
 todo vestido de pieles;
 y de un reciente cordero,
 de la piel hizo una gorra
 á fin de cubrir el pelo,
 vestido á lo pastoril
 tan tosco como grosero,
 pidiendo á algunos limosna
 pasaba de pueblo en pueblo.
 Llegó al reino donde estaban
 sus hermanos que de cierto
 estaba ochocientas leguas,
 lo cual gastó mucho tiempo,
 y con las calamidades,
 trabajos y contratiempos
 mudó la facion del rostro
 muy distinto del primero.
 Fingia llamarse Juan,
 y con estos fingimientos
 se hizo loco declarado,
 pues ya para conocerlo,
 decian Juanillo el loco,
 no dándole en nada asenso.
 En aqueste tiempo, el rey
 á su hija por momentos
 á decia se casase,

para llevar en muriendo
 el consuelo que quedaban
 todas tres ya con empleo;
 y ella siempre se nego
 á sus misiones y ruegos,
 hasta ver si la fortuna
 le traia el dulce objeto
 á quien dió la gargantilla
 como referido dejo;
 pero la discreta dama
 á sus solas y á su intento,
 dibujó una gargantilla
 al arte, forma y modelo
 de la que le dió en la torre
 al que se muere por verlo.
 Dijole á su padre, entonces,
 que se buscase un maestro
 que sin que le falte un punto
 haga otra, pues su intento
 es ver si hallaba la suya,
 y sin que haya remedio
 promete ser digna esposa
 de aquel que la tenga; y esto
 se puso luego por obra,
 se buscó entre los mas diestros
 al mas sapiente alquimista
 que habia entre los expertos.
 A este tiempo habia entrado
 á servir de mandadero
 Juanillo el fingido loco
 pasando plaza de serlo;
 dióle el rey dicho dibujo
 al alquimista y diciendo
 que en el tiempo de dos meses
 con primor, arte y concierto
 se ha de hacer la gargantilla,
 y que de haber falta en ello,
 al impulso de un verdugo
 le hará dividir el cuello.
 Llevó el dibujo á su casa;
 y luego fué previniendo
 las esmeraldas mas finas,
 los diamantes de mas precio,
 mas con todo no podia
 hacerla, y entonces, viendo
 que se pasaban los dias
 y el tiempo se iba cumpliendo,
 era sin igual la pena
 por saber que sin remedio
 moriria si no hacia
 lo que se habia propuesto:
 viéndole su mozo triste,


díjole: señor, yo quiero que me digais los motivos de la tristeza en que os veo, por ver si vuestros pesares algo remediarnos pueda; por último se lo dijo, que es alivio del enfermo el comunicar sus males que en parte se alivian ellos. Díjole al amo: señor, sin duda alguna me atrevo de hacerlo mejor mil veces que lo que el rey ha propuesto. Todo lo menesteroso le puso en un aposento, dejándole allí encerrado, y él muy alegre y contento por saber bien que en su mano pendia todo el enredo. Con una sia igual pena llegó el dia postrimero, y el amo triste y lloroso fué aquel dia mismo á verlo, y apenas entró le dijo: pues Juan simple, ¿qué tenemos? mas él con fingida tisa, y con agradable ceño le dijo: ya, nuestro amo, no ha de ser el rey sangriento contra vos, pues ya la pieza con todo primor se ha hecho; sacando la gargantilla, que fué el origen primero, quedándose el amo absorto, pues ignoraba el misterio: mil parabienes le daba

con muchos ofrecimientos; la tomó y se fué á palacio, y en las manos del rey mismo la puso; pero la infanta luego al punto que la dieron la noticia, vino á verla, y la conoció al momento diciendo: ¿qué lapidario es de esta obra el dueño? ¿quién hizo tan bella alhaja? porque quiero conocerlo. Y el maestro receloso no le cojan en enredo, contó desde su principio toda la verdad del hecho. Entonces dijo la infanta: ya, padre, llegó el tiempo sea quien fuere el sujeto. Al palacio fué llevado, y luego se conocieron, solamente que los dos supieron guardar secreto hasta mejor ocasion, como en efecto lo hicieron; le fué fuerza al rey casarlos, aunque con gran sentimiento. Sus hermanos y cuñadas le decian vituperios, mas poco tiempo duró desatar aqueste enredo. Y para dar finiquito de este admirable compendio, quiere Alonso de Morales darto todo por estenso, y en otra tercera parte deshacer quejas y duelos.

TERCERA PARTE.

Teniendo la hermosa infanta sus gustos ya conseguidos, de su gargantilla y dueño que la libró del peligro, no dudó darle la mano como habia prometido, causando en el rey tal pena, que fué bastante motivo, que todo el mundo afease

el mal gusto que ha tenido, reduciéndolo á tristeza, en vez de hacer regocijos, no queriendo que en palacio viviese, ni aun por indicios, y afuera en los estramuros un tosco albergue les hizo, donde apartados viviesen, sin ser oidos ni vistos.

Y su esposa le rogaba
que no se mostrase tibio
en descubrirse, pues todos
afeaban sus delirios; 
mas él hasta mejor tiempo
tuvo el secreto escondido.
Lloraba el rey su desgracia,
sin hallar en nada alivio,
tanto fué que cayó enfermo
ya de la vista perdido,
que con el continuo llanto
quedó ciego sin sentido.
Vinieron médicos sabios
haciendo consulta unidos,
hasta que el último acuerdo
fué decir, que entre unos riscos
en los montes de Esclavonia
estaba el único alivio,
en las aguas de una fuente;
mas que habia un gran peligro
por las indómitas fieras
que habitan en aquel sitio,
y consiguiendo el traerla
tendría el rey alivio.
Los dos yernos se ofrecieron,
prontos y reconocidos,
aunque aventuren sus vidas,
y pasen dos mil peligros;
esto lo supo el hermano,
y sin darle á nadie aviso
llamó al caballo encantado,
de los tres el primitivo,
y montándole salió
mas veloz que un torbellino:
fué á la fuente y tomó el agua,
y viniendo de camino
se encontró con sus hermanos
que iban al intento mismo,
y les dijo: caballeros,
ese trabajo es perdido,
que aquí llevo ya el agua,
y aguardo un premio crecido.
Entonces los dos aun tiempo
le dijeron: noble amigo,
nosotros te lo daremos
en plata y en oro fino,
como el agua quieras darnos,
y prontamente les dijo:
no quiero otra cosa en premio
que dos peras que he sabido
que á ustedes presentó el rey
por favor muy esquisito,

y pues consigo las traen,
esto es lo que en premio pido,
luego se lo ofrecieron
por entrar mas aplaudidos.
Hecho entre los tres el cambio
se volvieron al proviso;
con lo cual cobró el rey vista,
y ellos el quedar lucidos.
Tuvo de allí á poco tiempo
con grandísimo peligro,
el rey otra enfermedad,
y médicos muy peritos
no encontraban medicinas,
hasta que el mas sábio dijo
que en los desiertos de Albania,
entre sus montes altivos
hay entre muchas fieras
de tanta especie distinta,
muchas leonas, si á una
pudieran con artificios,
sin darla muerte sacarla
el néctar de su recinto,
era sin igual remedio,
lo cual no hay otro mas fijo:
por gozar todos los fueros,
los dos hermanos unidos,
salieron bien prevenidos;
y el pequeño al mismo tiempo
se salió al campo y dió un grito
llamó al segundo caballo,
y luego que hubo venido,
se montó aunque disfrazado
con otra forma y vestidos.
Llegó al monte y como iba
con la magia y el hechizo,
pudo coger la leona
sin que de él fuese sentido,
y sacó porción de leche
á su eleccion, cuanta quiso.
Se volvió, á pocas leguas
encontró los referidos
hermanos, que deseosos
ser del rey los mas validos,
iban resueltos y osados,
por quedar mas aplaudidos;
luego que se saludaron,
así les habló y les dijo:
amigos, yo ya he logrado
lo que pretendéis vos mismos;
ruéganle que se la diese
por cuanto fuese servido;
y él les dijo: caballeros,

luego otorgaré el partido,
si permitis que una oreja
os corte con mi cuchillo
á cada uno, y el cambio
se hará sin que haya entredichos.
Al principio este concierto
gran dificultad les hizo;
mas por graugear honores
otorgaron el partido,
pues encubria el defecto
las pelucas y capillos.
Llegaron muy orgullosos
y fueron bien recibidos
de todos, pues fué la leche
único bálsamo fino
con que recuperó el rey
cuanto tenia perdido.
Sucedió que en este tiempo
otro rey enfurecido
le puso á Clotaldo guerra
con rigor ejecutivo;
se hallaba muy abrumado
por su mucho poderio.
Llamó á sus yernos á solas
diciéndoles que su arbitrio
era el que fuesen los dos
con silencioso sigilo,
á registrar con espías
el campo del enemigo.
Con esta resolucion
los nombró el rey por caudillos,
fiando en ellos la empresa
como ya eran sus hijos.
Salieron á ver el campo,
donde el contrario atrevido
esperaba, mas tuvieron
su merecido castigo;
no hacian caso del loco,
dándole siempre al olvido,
más él de cuanto pasaba,
de todo tenia aviso.
Se fué á un desierto y allí
la misma operacion hizo,
llamando al tercer caballo,
y fué armado al proviso
con lucidísimas armas
de acero terso y bruñido.
Se fué al campo de la lid,
y con invencible brio,
imitando á Santiago,
entre los contrarios hizo
estragos tan formidables

que los dejó destruidos,
ganándoles dos banderas,
y trayéndolas consigo;
encontró á los dos hermanos,
que siempre fué encontradizo
que iban descubriendo el campo,
habiéndoles muy cometido:
amigos, ya venis tarde,
que siempre pierde el tardío,
y así para esta conquista
muy frívolos habeis sido,
porque ya por otras fuerzas
quedan muertos y vencidos,
lo cual estas dos banderas
y de esta espada los fillos
para abonar la verdad
son suficientes testigos.
Dijéronle si queria
quedar en extremo rico
las redujese á monedas,
que pida y no sea omiso;
dijoles que no estimaba
por ellas ni aun cien bolsillos,
que solamente estimaba,
si querian consentirlo,
el marcarlos con un hierro
adonde fuesen servidos,
serán las banderas suyas
si convienen en lo dicho.
Ni las oreja ni peras
les hicieron tal ruido
como el consi erarse
esclavos sin ser cautivos;
mas, ¡oh codicia avariental
¡oh interés de los siglos!
Por último, concedieron,
y él hizo un hierro encendido,
y en la espaldilla siniestra
los señaló á los dos hijos.
Se fueron con las banderas,
y dijeron haber sido
los que á todos los contrarios
vencieron sin ser vencidos.
Aquí fueron los placeres
que no es dable referirlos.
Creció con mayor estremo
el ódio y rencor maldito
del rey contra el tercer yerno
por ser hombre tan indigno
que determinó arrojarlo,
porque jamas fuese visto,
á unas islas muy remotas;

mas él humilde y propicio
le pidió al rey por merced
se muestre con él benigno,
cue el día de su partida
dentro del palacio mismo
se junten todos los grandes
para un famoso convite.

Esta súplica le hizo
que por último consuelo
lo pide y ha de cumplirlo;
le concedió el pedimento
y acudió inmenso gentío.
Fué el que tenían por loco,
y se adornó de un vestido
que su valor y hermosura
fué en grado superlativo,
se afeitó y quedó su rostro
brotando grana y armiño,
entró dando envidia á todos
al ver su garbo y su brio;
entonces lo conocieron
sus hermanos de improviso
que les motivó un desmayo
envueltos en sudor frio;
sacó entonces las dos peras
diciendo: ya no permito
me digan mas vituperios,
que bastantes he sufrido
por mis traidores hermanos
sin haberlos merecido.

Y así, gran señor, declaro
y os juro que soy el mismo
que libérté las princesas,
bien lo saben que yo he sido;
el mismo que traje el agua
por lo que hube conseguido
que estas dos peras me diesen;
se dió per verdad lo dicho:
y ahora quiero que todos
manifiesten sus oídos;
quitáronse las pelucas,
y luego en los dos se vió
que les faltaba una oreja, ●
y él las sacó del bolsillo,
diciendo: estas son las mismas
que á los dos corté yo mismo.

cuando trajeron la leche
que os dió en los ojos alivio,
gran señor, y para que
queden del todo corridos
descúbranse las espaldas,
vereis son esclavos míos
pues lo dirán las señales;
este fué el mayor martirio
y vergüenza que pasaron,
manifestar lo escondido
delante del auditorio.
Y luego en público dijo:
esto lo he hecho tan solo
porque estos hermanos míos
trazaron la falsedad
que ejecutaron conmigo:
mas para que de mi pecho
conozcan lo esclarecido,
yo les perdono ya todos
los agravios cometidos;
y viendo el rey que de muchos
aplausos solo era digno,
le dió un estrecho abrazo,
diciéndole: amado hijo,
si hasta aquí te he despreciado,
desde hoy mudo el designio:
tú solo serás de todos
mis bienes hereditivo;
como así fué, que por muerte
del rey gozó el señorío.
No quiso que á sus hermanos
les diesen ningun castigo,
sino que allí se quedasen
sin que tuviesen dominio
en cosa alguna en palacio;
estos son los merecidos
que consiguen los avaros
que emprenden casos indignos,
y así quien todo lo quiere
todo lo pierde de fijo.
Y aquí Alonso Morales,
que este suceso halló escrito,
quiso reducirlo á versos
al mandato de un amigo,
pues los que súbditos nacen
obedecer es preciso.

(Autorizado segun la ley vigente.)

